

Manuel López-Rey

Masas, Literatura y Política

I.—MASAS

1. POSIBILIDADES DE UNA ACTITUD DE LAS MASAS FRENTE A LA LITERATURA Y A LA POLÍTICA.—2. MASAS Y MUCHEDUMBRES.—SU PSICOLOGÍA.—3. LA LITERATURA.—4. LA POLÍTICA.—5. CREDULIDAD E INCREDELIDAD.

1. De la misma manera que el individuo ante dos conceptos o representaciones distintas reacciona diferentemente tomando una u otra actitud, así también, las masas, a las que en un principio son aplicables las mismas reglas psicológicas, no las categorías, toman diversas actitudes según la índole de lo que ante ellas aparece.

Que puede hablarse de una actitud de las masas frente a la Literatura al igual que frente a la Política, no creo que ello pueda ofrecer dificultad. La cuestión está en calificar dichas actitudes. Con frecuencia, se oye hablar de una literatura popular o de masas, ya veremos el sentido de tales expresiones, y en cuanto a la Política, hoy más que nunca es evidente, el requerimiento que a las mismas se hace para participar en ella. La expresión «política de masas», tiene ya carta de naturaleza en el léxico político y periodístico. El que las mismas actúen como dirigentes o dirigidas será examinado en la segunda par-

te del presente ensayo. En todo caso, la actuación de las masas en la vida política del presente, es innegable.

Tampoco ofrece dificultades la afirmación suministrada por la Psicología de que los deseos, sentimientos, etc., de las masas, ofrecen por su índole primaria una inferioridad manifiesta respecto a los que idénticamente, pueden presentarse en el individuo. Y así, si en éste la credulidad e incredulidad son el resultado de procesos de estimación, así también, en las masas, bien que más elementalmente, la credulidad e incredulidad son indicio de un juicio valorativo aunque éste sea mediocre por no alcanzar a abarcar y entender totalmente el objeto de la valoración: Literatura o Política.

La actitud de las masas frente a la primera tiene que ser forzosamente distinta a la que pueden adoptar respecto a la segunda. Ante la Literatura no cabe una actitud sentimental o intuitiva, salvo si se posee una psicología o intelecto inferior, actitud que se da perfectamente respecto a la Política, pues lo literario exige una actitud de comprensión y de crítica, es decir, de entendimiento, todo lo cual significa gusto y preferencias de orden intelectual. Por el contrario, para la Política basta por lo general una postura intuitiva, plena de tendencias más que de análisis. Lo político, salvo para unos cuantos dirigentes, se siente y no se comprende, y buena prueba de ello es, que más del noventa por ciento de los adheridos a un partido político actúan en éste sin haber examinado o sin conocer debidamente, la doctrina y el programa del mismo más que en sus líneas generales, tan generales que, las mismas, más que ideas representan apetencias o tendencias. Este desconocimiento no disminuye en nada la impulsividad y aun agresividad política, hija, por tanto, de una ceguera intelectual.

Esta disparidad de criterios o actitudes de las masas que no impide ciertas coincidencias, análogas a las que pueden existir entre la Literatura y la Política, viene dada por la diferente naturaleza de estas materias y las finalidades que las mis-

mas representan. Así, mientras la Literatura tiende siempre a suscitar, cuando menos a la reflexión, la Política tiende cada vez mas a ordenar, excluyendo sistemáticamente el examen crítico. La primera, no requiere ni pretende una aceptación, la segunda la exige hasta transformarla en obediencia. El conocimiento de las líneas generales de la Literatura no permite decentemente, el ufanarse de su conocimiento y menos aun, el pasar por especialista en su estudio. Inversamente, la Política rara vez es profundizada lo que no impide que se actúe en ella y aun se llegue a ser un elemento activo en la misma. En la Literatura pueden darse todos los géneros desde la tragedia hasta el simple sainete de costumbres. En la Política si bien la tragedia no escasea, casi todo es comedia, incapaz por otra parte de humorismo y de pesimismo pues toda política es, por esencia, optimista en cuanto ofrece remedio para todos los males, incluso de los provocados por los bandos contrarios. El optimismo pues, es esencial en la vida política pues si esta ofrece constantemente el poder, lo menos que puede hacer es presentar su apoderamiento como realizable, es decir, optimísticamente.

Tales diferenciaciones, y otras más que podrían señalarse, implican a su vez, una muy distinta participación o cooperación de las masas en la elaboración de lo literario y de lo político. La diferencia no es sólo en orden a la índole de la actuación sino también en cuanto a la forma de realizarla pues mientras las masas actúan desorganizadamente o en forma amorfa, respecto a la Literatura, se mueven por el contrario, muy organizadamente en la Política. En definitiva, la diversidad de actitudes respecto a una y otra, es evidente.

Ahora bien, dichas divergencias no excluyen ciertos puntos de contacto como ya anticipábamos. El más importante de ellos es que, respecto a las dos, se da por parte de las masas, la exigencia de representaciones concretas; la tendencia a formas simbólicas y el encariñamiento, equivalente a veces a una posesión, de ciertos personajes e imágenes.

2. A los efectos de una mayor concreción y fijación conviene indicar aquí que por masas no entendemos precisamente la muchedumbre, aunque ésta no quede excluída de nuestro ensayo (1). Sin necesidad de una sistematización de las diversas categorías de una y otra (2), puede decirse que la muchedumbre supone un conjunto de personas reunidas en un determinado lugar y animadas de un querer o interés común, por ejemplo: los estudiantes en un aula, los fieles en una ceremonia religiosa, los asaltantes de una prisión, etc. Una masa es un gran número de individuos dispersos, pero situados en ciertos

(1) Gustave Le Bon, «Psychologie des foules». F. Alcan, ed. 38.^a, edic., no hace una correcta distinción entre masas y muchedumbres. Sobre ello parecen estar de acuerdo dos recientes libros, el de Jousain, «Psychologie des masses», Flammarion ed. París, 1937, y Sergio Tchakhotine, «Le viol des foules», Gallimard ed. París, 1939. Pero lo que es innegable es que Le Bon fué certero, y aun profético, al decir hace años: «Síntomas universales muestran en todas las naciones, el aumento rápido del poderío de las muchedumbres. El advenimiento de éstas marcará quizá una de las últimas etapas de las civilizaciones de Occidente, un retroceso a esos períodos de confusa anarquía que preceden al nacimiento de nuevas sociedades». Tchakhotine critica tal afirmación ya que, según él, la época actual se caracteriza por una disminución de la influencia de las masas que son instrumentos dóciles en las manos de los dictadores. A nuestro juicio, la cuestión es demasiado compleja para resolverla unilateralmente y desde luego, aun siendo instrumento, lo de la docilidad es relativo, pues precisamente para someterlas es necesario una actuación constante y cuidadosa, lo que justamente no es signo de docilidad, por otra parte, las masas si bien sometidas, actúan a su vez sobre el dictador y mucho más de lo que éste cree. Las masas hoy día saben que tienen un mayor valor, el que les da su cohesión y número. El hecho de que estén a veces sojuzgadas, lo cual no sucede en todos los países, no permite negar su mayor influencia y aun dominio en la vida actual, donde todo lo que se hace, dominadas o no, es por lo general en referencia a la masa más que al individuo.

(2) Puede encontrarse en las obras de Le Bon, Jousain, Tchakhotine, etc. También en Sighele, en «Delinquenza settaria», Treves edit. Milano, 1897.

aspectos en condiciones de semejanza en virtud de un sentimiento o finalidad común que le anima, así los habitantes de un país, los componentes de una misma clase social que tienen las mismas aspiraciones e intereses: clase media, clase obrera, etc.. Los lectores de una novela o de un periódico son una masa, los espectadores de una pieza de teatro, son una muchedumbre. Este ejemplo, tomado de Jousain, muestra hasta qué punto el paso de una a otra categoría es fácil, obediendo la distinción a un hecho puramente circunstancial como es la unidad o no de lugar, ya que la comunidad de fines es requisito esencial en ambos supuestos. En general, dicha unidad topográfica, indica en la mayoría de los casos una muchedumbre, y la dispersión, una masa. Con todo, el criterio no es muy seguro y si bien nosotros vamos a ocuparnos de las masas, esto no excluye que las mismas se nos transformen en muchedumbre para volver después a ser masas. Así, los miembros de un partido político son masas pero reunidos en un « meeting », constituyen una muchedumbre. Igualmente, los lectores de un autor forman una masa, pero dan lugar a una muchedumbre si se reúnen en torno de aquel, para escuchar la lectura de una de sus obras. En realidad, el concepto predominante más genuino y estable, es el de masas. La muchedumbre es algo que da la sensación de una concreción pasajera que se diluye y vuelve a la masa.

Todos los autores reconocen el inferior nivel psicológico de las masas respecto al del individuo. El hecho mismo de reunirse varias personas inteligentes para discutir un asunto cualquiera, hace que el nivel medio de tal conjunto sea inferior al que resultaría de la suma de sus individualidades. Toda masa pues, supone intelectualmente, una inferioridad psicológica manifiesta que da lugar a lo que se llama alma o espíritu de la masa, en la que predomina la vida afectiva sobre el razonamiento, siendo dicha vida afectiva inferior a su vez, a la del nivel medio de los individuos, y así, su impulsividad, sugestibilidad, etc., son mayores, haciéndoles más aptas para la propaganda y el convencimiento.

Lo que caracteriza a las masas, es su simplismo psicológico dentro del cual hay una preferencia hacia lo malo, lo cruel, lo inmoral, etc., pues lo horrible y lo perverso nos atraen siempre mucho más que lo bueno y lo honorable siendo en las masas dicha atracción mucho más directa. Sighele dice, que tal preferencia no tiene por qué alarmarnos pues la humanidad ha sido siempre atraída por el mal, más que por el bien. Un ejemplo de ello lo ofrece, según él, el hecho frecuente de que las mujeres en sus charlas se ocupan preferentemente de la amiga que por su conducta puede dar pábulo, más o menos justificado, a la crítica y el comentario, mientras dejan de lado la virtuosa sobre la cual, el hablar, resulta insípido (1). En realidad, en el hombre acontece lo propio, especialmente en el derivativo que le ofrece la política. De ello, se deduce una menor moralidad de las masas, y de toda colectividad, que si son a veces capaces de sentimientos y gestos elevados, mucho más frecuentemente se dejan arrastrar por sentimientos primarios de índole perversa, lo cual nos explica la apetencia que las mismas sienten por el folletín, y las narraciones de crímenes que ciertos periódicos cultivan tanto, y la avidez que la política, y su ejercicio, despierta en ellas.

De lo expuesto, puede deducirse que en las masas predomina lo mecánico y lo intuitivo de las funciones mentales y así, la asociación de ideas prevalecerá sobre el razonamiento, la imaginación espontánea sobre la racional y constructiva, la fe ciega sobre el espíritu crítico y la pasión sobre el dominio de sí mismo. Tales características señaladas por Jousain, Elsenhaus y otros, sirven ya para fundamentar las posiciones distintas que las masas tienen que adoptar forzosamente ante la Literatura y la Política y cuál ha de ser la característica principal de las mismas. Antes de señalarla, examinaremos breve-

(1) V. Sighele, «Litterature et criminalité», trad. de Adler; G. et Brière, ed. París, 1908.

mente el contenido y alcance de lo literario y de lo político. Dicho examen, nos permitirá centrar mejor, las referidas posiciones o actitudes.

3. El concepto de la Literatura, de lo literario, se hace cada vez más difícil si tenemos en cuenta la complejidad y variedad de facetas que la actividad espiritual escritora del hombre, presenta en nuestros días. El deslinde entre lo literario y lo que no lo es, no siempre es factible y obedece muchas veces a criterios de escuelas, de gustos, tendencias o simplemente de épocas, palabra esta que puede comprender, compendiándolas, todas las ideas que expresan las anteriores.

Con frecuencia, se habla de literatura político-social, de literatura económico-social, histórica, jurídica, proletaria, de clases, de folletín, etc. En realidad, en un sentido muy amplio, todo lo expuesto es Literatura pero un criterio ortodoxo, que sería el correcto, excluiría de lo literario, expresión que parece más restringida que la anterior, obras como «El capital» de Carlos Marx; «Consideraciones sobre la historia del mundo» de Jacobo Burckhardt; la «Historia de las ideas en el siglo XIX» de Russell; el «Manual de Sociología» de Gumpłowicz; el «Tratado de Derecho Penal» de Mezger, etc. Tales obras suponen una finalidad constructiva, programática, de muy diversa índole que no cae dentro de lo literario. Tal exclusión no significa que un escritor no pueda plantear casos y problemas económicos, sociales, jurídicos, etc., en sus obras y aun propugnar una tesis o doctrina de alcance general. Aquí justamente reside una de las grandes dificultades de la distinción, dificultad que crece hoy día con las llamadas literaturas político-social, proletaria, etc.

Parece ser que las obras no literarias se caracterizan: por su índole totalmente constructiva de una tesis o doctrina que versa sobre una materia más o menos técnica o especializada que suele tener un alcance programático o exigir una exposición sistemática; por su carácter docente empleando esta expresión

en un sentido amplio, ya que lo literario si bien es una expresión de cultura, no es propiamente docente aunque a veces ciertas obras se utilicen con tal finalidad; por la carencia de una acción (personajes, conflictos sentimentales, etc.)

No son elementos diferenciativos tajantes: el carácter científico o el histórico pues ambas características se dan también y hoy día con cierta frecuencia y óptima calidad—no olvidemos a Wells—, en lo literario; la índole imaginativa o realista de la obra pues tanto la imaginación como lo real puede servir para crear tanto un sistema filosófico o económico como una novela, habiendo algunas que tienden a construir un sistema total de vida a base de la pura creación imaginativa, como acontece en «Erewhon» de Butler y obras político-sociales, como «El capital», que se basan en lo más real, la interpretación materialista de la Historia.

Con todo, se ha de reconocer que lo imaginativo es más bien privativo de lo literario, pues si bien el escritor se basa con frecuencia en la realidad, tal origen no invalida la naturaleza esencialmente creadora de su obra. La tendencia actual es hacia la novela realista, como recentísimamente ha señalado Luis Alberto Sánchez (1) tendencia, que no excluye la imaginación. Lo que sí la excluye es el hecho, de muy complejo origen, de que el hombre, como indica el escritor antes citado, acepta hoy todo, lo más insólito y lo menos imprevisible. Esto es debido, en parte, a la mayor pobreza espiritual de nuestro tiempo. El hombre imagina cada vez menos en el puro terreno del espíritu, de la cultura, mientras que inventa—forma secundaria de la imaginación—cada vez más, en el terreno de la civilización. Esta y la cultura, son conceptos diferentes que, incluso, marchan dispares. Un pueblo culto suele ser siempre civilizado pero un pueblo civilizado, puede no ser culto. Por eso, la civilización

(1) V. su ensayo «¿Existe un arte realista?», en el N.º 180 de «Atenea», junio 1940.

es un concepto amplio, enorme, que encierra en uno de sus apartados a la cultura pero ésta como forma más refinada, más evolucionada, es superior a aquella, de la misma manera que toda especie implica una diferenciación y superación del género.

Volviendo a lo nuestro, podemos decir que lo literario excluye a las producciones apuntadas pero no rechaza, sin embargo la novela histórica, ni la novela de folletín por bajo que sea el calificativo que esta última merezca, pues lo folletinesco responde a una exigencia espiritual literaria de las masas: la simplicidad psicológica de las mismas. En definitiva, la Literatura queda casi concretada a lo literario propiamente dicho, a las obras de los escritores (1). En todo caso, a lo largo de este ensayo iremos perfilando su concepto, sistema que preferimos al de una definición.

4. En un sentido amplio, Política, es la aplicación de los medios adecuados a la consecución de determinados fines. De aquí la expresión tan corriente y aplicable a tantos supuestos de: esto es político o eso no lo es. La teoría o doctrina de dicha aplicación, constituye la Política como ciencia, la idoneidad de medios para dicha aplicación, da lugar a la Política como arte, especialmente como arte de gobierno pues si bien cada aspecto cultural tiene su propia política—económica, jurídica, social, etc.—, la que a nosotros nos interesa es aquella cuya finalidad, es la conquista del poder.

Este, en tiempos ya un poco lejanos, se conquistaba por

(1) El concepto de escritor es mucho menos amplio que el de autor, calificativo éste que comprende cosas excéntricas no sólo a la Literatura sino también a lo espiritual. El término escritor parece adaptarse mejor a lo literario, siendo un tanto inadecuado aplicarlo a filósofos, historiadores, etc., que se designan preferentemente con el adjetivo de su especialidad más que con el amplio de escritor. Al lado de este término figura el de literato, de menos uso pero que parece equivalente, aunque de una mayor concreción. No hay pues, una terminología precisa si bien puede concluirse que el término autor es el menos literario de todos.

simples influencias personales o de pequeños grupos. Hoy día, en los países medianamente organizados, es necesario lograrlo a través de partidos políticos de los cuales nacen los propios dirigentes. Esta exigencia de un partido político se da incluso en aquellos países dictatoriales, en los que sólo se admite el partido único. Esta unilateralidad, puede y debe criticarse, pero es innegable que la misma supone el reconocimiento de una exigencia espiritual de las masas, una especie de escape psicológico a modo de válvula, que permite ciertas salidas espirituales. En este sentido, las dictaduras europeas son superiores a las que han funcionado en ciertos países hispanoamericanos, a base exclusivamente de una persona que raramente aportaba un programa. Hoy día, todo dictador que realmente quiera serlo, lo primero que debe hacer—y ahí está la realidad de Hitler, Mussolini y Stalin—es crearse su partido. Todo otro camino conduce, dictatorialmente hablando, al fracaso o a gobernar el país como una propiedad particular, como aconteció en Venezuela, con Vicente Gómez.

Actualmente, con la participación activa y pasiva de las masas, el partido político y con él, la Política, tienen una enorme importancia. Lo creciente de ésta se justifica psicológicamente, ya que si la Política como arte es la conquista del poder el instinto de dominación o de lucha, es el más primario y por tanto, el que más directamente llega a las masas. Esto explica, el que éstas se sientan más identificadas con la Política que con la literatura que no ofrece poder ni fuerza. Esta sensación de ser requerida, de ser algo importante es lo que apetece la masa, que se ve así ampliamente aceptada sin distinciones intelectuales ni casi de clases, salvo aquellas, las menos, que se señalan para ser combatidas. Las masas, al verse objeto de una mayor atención, se sienten más satisfechas y por tanto, más dispuestas a creer.

Dicha satisfacción-poder, les viene dada por la idea de número y no por la de calidad. El primer movimiento—equivalen-

te a un pensamiento—de toda muchedumbre antes de lanzarse a realizar cualquier cosa, es el de recuento, o sea, el de saber si son bastantes y no el de determinar la calidad moral—permitido o no—de aquello, que intentan llevar a cabo. Dicha sensación de número es la única que la masa lleva en sí, que le es propia y la que por tanto percibe ella directamente en virtud de su psicología simplista y esto, sin necesidad de jefe ni dirigente que se lo haga saber. Estos podrán dirigirlas y aun engañarlas, pero la fuerza, *su fuerza*, la tienen ellas y lo saben perfectamente.

Por eso hoy día, en que se tiende a la creación de los grandes partidos, la actitud de las masas frente a la Política es neta y clara: creen en ella porque se saben protagonistas y quien protagoniza crea o produce algo, y toda creación implica, forzosamente, una credulidad. Tal protagonismo no se da respecto a la Literatura en que las masas no actúan, sintiéndose por el contrario, como observadas y copiadas y aun a veces, estudiadas. Ahora bien, tales procesos suscitan siempre en el modelo, una actitud de desconfianza, aumentada en nuestro caso por la rudimentaria psicología de las masas,

Con lo expuesto, quedan ya marcadas las características de la actitud de las masas frente a la Literatura y a la Política: de incredulidad respecto a la primera y de credulidad en cuanto a la segunda. Tal es, la afirmación esencial del presente ensayo.

5. Los conceptos de credulidad e incredulidad equivalen a fe o creencia en algo. Una y otra, significan también una actitud de expectativa, de confianza en que aquello en lo cual se cree, puede servirnos o ayudarnos, de alguna manera, incluso espiritualmente. En el fondo, cuando se cree en algo, va siempre insita una idea de confianza y de interés, aunque éste adopte a veces una forma pura como acontece en ciertos casos con la religión y en otros, los menos, con la amistad y el amor.

Por el contrario, toda actitud de incredulidad, supone un

desconocimiento y también un desinterés. Las masas, entidad viviente, bien que simplistas y primarias, tienen conciencia del mundo exterior, sobre el cual ellas actúan y que a su vez, actúa sobre ellas. Por tanto, su percepción del mundo de los fenómenos está subordinada, más que en el individuo, a una relación de credulidad. Esta vendrá generalmente indicada por una acción, mientras que la incredulidad será evidenciada, más frecuentemente, por una actitud omisiva. Entre estos dos polos, acercamiento activo hacia lo que se estima útil y se cree en ello y alejamiento de aquello de lo cual se desconfía, se moverán las masas. Tal comportamiento, encierra naturalmente un juicio valorativo: credulidad o incredulidad.

II.—LITERATURA

1. INCRECULIDAD DE LAS MASAS RESPECTO A LA LITERATURA.
- 2. LA DIFUSIÓN LITERARIA.—3. EL PERIÓDICO Y LA REVISTA.
- 4. EL FOLKLORE, LOS MITOS Y LAS LEYENDAS.—5. LAS LITERATURAS DE CLASE.—6. LAS NARRACIONES FANTÁSTICAS.—7. LA POESÍA, LA COPLA Y LA CANCIÓN.—8. EL TEATRO Y EL CINE.—
9. LA ESQUEMATIZACIÓN DE LO LITERARIO POR LAS MASAS

1. La incredulidad de las masas respecto a la Literatura debe entenderse en un sentido de generalidad profunda y no, en un sentido absoluto. Al afirmar tal incredulidad, queremos indicar con ella la característica predominante de una actitud y no la actitud misma. De ello se deduce, que dicha incredulidad no impide la penetración de lo literario en las masas, pero tal penetración es superficial y cuando penetra algo más, exige forzosamente formas rudimentarias.

Dicha incredulidad tiene fundamentalmente dos orígenes: de un lado, la peculiar psicología de las masas ya indicada y de otro, la complejidad de lo literario no sólo en cuanto a sus fr-o

mas de aparición sino más principalmente en cuanto a su contenido o esencia.

Las masas se caracterizan por su falta de imaginación y por consiguiente, por la exigencia, a los fines de una comprensión, de representaciones concretas. Por eso, al igual que sucede con el niño, las cosas visibles y tangibles ejercen en ellas una gran influencia y credulidad. Lo literario no ofrece tal simplicidad. En realidad, toda trama literaria, aun la más simple, ofrece una complejidad y exige también una capacidad de entendimiento. Una descripción o narración sencilla no es igual que una narración esquemática. Con frecuencia, los trazos breves y sencillos requieren un mayor esfuerzo de comprensión y reflexión. Ambos procesos, no son accesibles a las masas. A éstas, puede llegar lo esquemático pero no siempre, lo sencillo. Por eso, de la misma manera que igualdad no es identidad, así tampoco lo sencillo es forzosamente esquema.

Añadamos aún, que lo literario exige, por parte del lector, no sólo un esfuerzo de entendimiento—cosa que a veces primariamente logra realizar la masa—sino también, una labor creadora o de recreación, pues mal lector será aquel que partiendo de lo que lee, no crea a su vez transplantaciones o identificaciones de situaciones o personajes, conforme a su propia experiencia. Este es el gran mérito de todo escritor y la línea que separa al auténtico lector del simple devorador de libros. Tal proceso no puede realizarlo la masa, pues si bien se ha hablado de un alma de éstas, es lo cierto que aun admitida, es difícil la posibilidad de una actitud colectiva de concentración y reflexión respecto a una lectura (1). Más factible es respecto a una muchedumbre. Aun admitidas tales posibilidades, lo que a nosotros nos ocupa no es la posibilidad física, sino la actitud espiritual de la entidad masa, de la misma manera que puede inte-

(1) Difícil no quiere decir imposible. Una atención literaria de las masas es posible a través de la radio. En tal supuesto hay coincidencia espiritual y dispersión de lugar.

resarnos la actitud de una clase social cualquiera ante un hecho o fenómeno, que se ofrece a su consideración o interés.

En resumen, podemos decir que cuanto más complejo es lo literario menos asequible y más incredulidad despierta en las masas. Así, la producción literaria de índole psicológica, tan frecuente hoy día, y la biografía a lo Stefan Zweig o Emil Ludwig, el ensayo—uno de los géneros literarios más difíciles e ingratos—, etc., no sólo son asequibles a las masas sino también a muchos individuos.

2. La mayor comprensión y acceso de lo literario a las masas, no se acrecienta, ni se demuestra tampoco, con la mayor difusión literaria, proclamada por muchos hoy día, pues tal actitud de incredulidad es un hecho psicológico que revela una incapacidad, sin que al afirmar esta, haya por nuestra parte desconsideración social de ninguna clase. Es un fenómeno difícilmente modificable que al igual que otros muchos que se dan en los individuos, es constitucional. Tal incredulidad entraña desde luego un problema de cultura cuya más aproximada solución—no la solución misma—ha de buscarse en la escuela, mejorando la educación literaria de las masas sin que por ello se crea haber resuelto el problema, pues dicha incredulidad es la resultante de una inferioridad psicológica que se dará siempre, ya que todo aumento de nivel cultural sería tanto para el individuo como para las masas, y por ende la diferencia psicológica subsistiría. Siempre se trataría de dos vasos comunicantes pero a diferente nivel.

Se ha pretendido negar tal incapacidad, arguyendo la mayor producción literaria de nuestros días en los que se escribe mucho y se publica, casi otro tanto. Esto es cierto, pero digamos de antemano que no todo lo que se publica es literario. Una gran parte del incremento se lo lleva la llamada literatura político-social, hecha para determinados sectores y con fines de propaganda política. Tal producción ya vimos que no es Literatura y veremos, que es propiamente Política.

En contra de lo que se cree o pueda creerse, lo auténticamente literario apenas si llega a las masas quedándose estancado en ciertas clases o sectores sociales y para eso, no en la totalidad de éstos. Es asombroso comprobar como las grandes obras de renombre universal, han sido más que leídas, solamente oídas citar. «El Quijote», «La Divina Comedia», «Hamlet», etc., son obras que andan en los labios de todos pero sólo en la mente de unos cuantos. Otros, las conocen fragmentariamente (1). La inmensa mayoría, que son millones dentro del propio país al cual pertenece la obra, no saben nada de ellas, y sin embargo, tales producciones son las que nos atrevemos a llamar universales. Esto habrá que referirlo sólo a ciertos grupos, más o menos selectos, dentro de cada país y limitarlo casi exclusivamente a un pequeño número de obras.

Como vemos, la afirmación de que se lee hoy más, hay que admitirla con ciertas reservas, si con ella queremos indicar lo literario, para después de un cierto examen, rechazarla totalmente. El aumento de una lectura, verdaderamente literaria se debe en buena parte a una mayor capacidad de lectura en los sectores—o algunos de ellos—que ya leían y que sólo en muy escasa medida entran en el concepto de masas. Si algunos nuevos sectores se conquistan, y ello difícilmente, pues la vida actual en las grandes ciudades permite el periódico y la revista y no el libro, tales adquisiciones de adeptos se ven más que sobrepasadas por la pérdida que representa el paso de grandes sectores populares—las auténticas masas—al dominio de la llamada literatura político-social, a la cual se en-

(1) ¿Hasta qué punto es literario y aun honesto el ofrecer a las masas ediciones sintéticas, mendazmente llamadas populares, de las obras maestras? Tal mercantilismo que contribuye a la famosa difusión «literaria», es sólo una engañifa en todos órdenes. Lo mismo podría decirse de infinitas traducciones. Notemos que edición sintética—condición que se suele ocultar—no es lo mismo, que edición responsable de trozos escogidos de un escrito.

tregan fervientemente y que rara vez ilustra, aunque exalta siempre.

Por último, y esto es un argumento de validez general, no debemos olvidar que el mayor uso de una cosa, no significa forzosamente una mejor utilización ni comprensión de la misma y así, del mismo modo que no por mucho comer se alimenta uno mejor y cree en la eficacia de la comida, igualmente no por mucho leer puede deducirse que las masas se sienten más atraídas por la literatura.

3. Una de las causas de ese despego e incredulidad, es la profusión del periódico y de la revista, especialmente la gráfica (1). Cuando nos hablen del gran número de periódicos y revistas de un país, pongámonos en guardia respecto al nivel cultural del mismo, sobre todo si establecemos un paralelo, entre el número de publicaciones dichas y el de habitantes del país.

El periódico es casi siempre una hoja de combate y de partido y por tanto, tendencioso (2). Es muy raro que un periódico pueda hacer literatura, tampoco es esta su finalidad—, salvo y bien modestamente, los domingos—. En todo caso, la característica del periodismo, salvo en la descripción de crímenes, escándalos, etc., con lo que volvemos a lo primario y bajo de la psicología de las masas, es la dosificación de los textos que publican. Todo por razones de espacio, rapidez, etc., va constreñido, reducido, lo cual no favorece precisamente una elevación espiritual de las multitudes que son las que leen preferentemente los periódicos. Con lo dicho, no criticamos la institución del periódico ni propugnamos su conversión en órgano literario. Su existencia, índole cultural y difusión responde a las necesidades culturales de la época presente y cumple en todo caso, sinceramente o no, una función informativa y de orienta-

(1) Quedan excluidas, bien entendido, los periódicos y revistas netamente literarios, humoristas, etc.

(2) La distinción entre periódico de información y periódico político es casi insostenible hoy en día.

ción. Lo que sucede es que dicha función, provoca paralelamente una disfunción, la de una menor apetencia literaria en las masas. Por eso, los periódicos que dentro de lo posible se ocupan algo de la Literatura, sólo plácemes merecen.

Mayor alejamiento de lo literario suponen las revistas, sobre todo las de índole banal y más particularmente, las femeninas. Estas son, por lo general, la ñoñez con fotografías y dibujos. Los cuentos, generalmente mal traducidos, en un afán de ser blancos son insulsos y adulteran no sólo el gusto sino también, aunque ello parezca exagerado, la moral. Las revistas gráficas, de actualidades, etc., a base casi exclusivamente de fotografías, dibujos, etc., cumplen perfectamente la exigencia primaria de representaciones concretas, tan necesarias a la psicología de las masas. Dichas revistas reducen al *mínimum* la reflexión y lo literario. Por desgracia, su creciente difusión aumenta consiguientemente la deformación literaria. Su gran aceptación actual es un argumento más, en favor de nuestra tesis.

4. Los partidarios de una capacidad literaria de las masas, buscan la salida, aduciendo la existencia de una literatura popular que acredita la capacidad que nosotros impugnamos.

En realidad, tal distinción encierra ya, implícitamente un concepto de inferioridad pues con ella se quiere indicar que si bien la Literatura superior o elevada, no tiene aceptación, si la encuentra y grande, otra de índole más modesta, es decir, menos complicada, que es la llamada popular. En primer término, y como ya señalamos anteriormente, la superioridad de una literatura no depende de su sencillez o complicación en el fondo o en la forma, pues la sencillez es también superioridad y aun, complicación reflexiva. En segundo lugar, declaramos francamente que ignoramos en qué consiste dicha literatura popular. ¿Qué es lo que debe entenderse por tal? Dicho concepto se presta a una mixtificación pues no puede estimarse como género popular el hecho de que la producción literaria refleje la ideología o vivir de una clase social más o menos numerosa o desheredada, ni la que se

dedique a la exposición de la vida rural o industrial, etc. Aun admitido lo de popular en el género indicado, queda por dilucidar si lo popular o vulgar de éste, lleva aparejada la popularidad en la difusión o aceptación. Más bien parece que se da un fenómeno inverso y que la descripción de lo humilde y miserable atrae para su lectura, a clases que se hallan en mejor condición social, mientras que novelas o folletines a base de enormes riquezas, aristocracia, etc., atraen la curiosidad de las más bajas esferas sociales. En el fondo de tal inversión, se da una compensación psíquica en cuyo examen no vamos a entrar aquí. Cabe preguntarse cuál es más popular si «Naná» de Zola o «El Conde de Montecristo» de P. du Terrail. Indudablemente es mucho más popular el segundo. Dicha aceptación se debe también a la simplicidad de tipos y pasiones que se mueven y manejan en las aventuras de Montecristo, en contraposición a la honda psicología de la obra de Zola. No cabe, pues, confundir, realismo con popularidad. A la popularidad se puede llegar prescindiendo, incluso, de la realidad.

Menos aún, cabe hablar de popular fundándose en la condición del escritor o en el estilo de éste. Ambas cosas son, si bien distintamente, de índole formal. En todo caso podemos plantearnos, qué debe entenderse por estilo popular. Si por tal se entiende la ultra sencillez de la expresión o la reproducción simple del hablar de determinadas capas sociales, las más modestas, ello sería muy discutible pues aparte de la casi imposibilidad de una tal reproducción escrita que carecería de la frescura y flexibilidad del lenguaje hablado, podemos preguntarnos si la misma sería verdaderamente literaria y aun resuelta afirmativamente la cuestión, queda la posibilidad legítima de que las demás clases sociales exijan conforme a sus estilos una peculiar literatura popular pues no debemos olvidar que este concepto no depende del número o colectividad, mayor o menor, que puede representar, sino de la difusión real que se alcance. Ve-

mos también que lo popular, se diferencia de lo privativo de una clase o categoría social.

La modicidad del precio, sobre la cual se apoyan algunos editores, para bautizar sus ediciones como populares, es inadmisibile. Con todo, dicha baratura puede contribuir a popularizar ciertas obras que incluso pueden no ser populares en estricto sentido. Ahora bien, ¿hasta qué punto las ediciones del «Quijote» o de «Hamlet», a precios bajísimos, permitirían que tales creaciones fueran realmente difundidas en las masas? Creemos sinceramente que el aumento, si lo había, sería insignificante. Las masas actuales se distancian más y más de lo literario para acercarse a lo político-social. En todo caso, tendrían más éxito las ediciones baratas de cualquier autor de aventuras o narraciones más o menos fantásticas, que la de las obras apuntadas y ello, por las exigencias psicológicas expuestas.

4. Como uno de los últimos reductos para defender la apetencia literaria de las masas y la existencia de algo literario de índole popular, se ha hablado del Folklore, afirmando su creación o aportación colectiva y por tanto, el carácter de autoría de las masas en el mismo. A esto, puede reponerse que los elementos literarios del Folklore—no todos lo son—, no son hijos de una creación colectiva, sino la obra de una sola persona, el autor, que ahora como hace siglos, y aun milenios, posee un nivel cultural superior en mucho al medio que se puede adjudicar a las masas en todos los tiempos. Lo mismo cabe decir respecto a las modificaciones e interpelaciones que todo Folklore sufre. Lo expuesto, es aplicable también a las llamadas creaciones colectivas; mitos y leyendas. En unos y otras, se trata de creaciones personales de un individuo, aunque conservadas y transmitidas, por la colectividad que actúa sólo de depositaria. A veces, la conservación se realiza no por toda la masa sino por una sola clase social, ya que en remotos tiempos ciertas clases o profesiones inherentes a ellas, la de los sacerdotes es-

pecialmente, eran las más aptas social y culturalmente, para la conservación y transmisión y aun, para la modificación e interpolación (1).

Desde un principio pues, la masa no ha actuado nunca en la Literatura en calidad de autor aunque si bien ha suministrado abundante material, pero suministrar no es crear. Esta separación entre autoría y aportación, se ha ido cada vez haciendo mayor a medida que la vida se complicaba y los contactos entre las diversas clases sociales y profesiones lejos de aumentar, se transformaban en antagonismos en virtud de la introducción de un elemento económico: la lucha de clases, que establece entre éstas, una de las diferencias más irreductibles que ha conocido la historia. Tal distanciamiento, ha reforzado la incredulidad de las masas, del vulgo, hacia todo lo que afecte una forma o expresión netamente literaria.

5. Nuestra época se caracteriza por la aparición de la llamada literatura de clases. Basta enunciar tal denominación para comprender que la misma encierra un importantísimo factor económico y político, que la impide ser considerada como auténtica literatura. La misma es creada, fomentada y sostenida por las necesidades de propaganda de determinadas ideologías. ¿Existe una literatura proletaria? A nuestro juicio una afirmación sería aventurada. En todo caso, el término tan comúnmente empleado de literatura «burguesa», es un embaucamiento político que no puede acreditar por sí mismo, la existencia de su opuesta, la literatura proletaria:

La cuestión parece más amplia y debería formularse así: ¿Existe un arte proletario? A nuestro modo de ver no, ya que el arte, ni como creación ni como persistencia, puede adscribirse a una clase social dada. El sostener tales adjetivaciones, nos

(1) Sobre la formación de los mitos y religiones puede consultarse principalmente: Frazer «Folklore in the old Testament»; Reinach, «Cultes, Mytes et Religions» y más modernamente, Denis Saurat, «Histoire des Religions» y A. H. Krappe, «La Genèse des Mythes».

plantearía la cuestión de si existe análogamente, una Medicina proletaria y en definitiva, un Saber proletario. El Arte y la Ciencia, responden a exigencias y directrices que sobrepasan en cada época a las que pudiera imponer una clase social determinada, incluso la dominante. Tal exclusión no impide el que frecuentemente se hable, por ejemplo de una interpretación fascista o comunista del arte, pero interpretar no quiere decir más que una actitud doctrinal o subjetiva ante un hecho que sigue conservando su propia esencia con independencia de la interpretación aunque ésta se imponga a veces. Tal acontece con la llamada interpretación marxista del arte equivalente a la interpretación materialista de la historia en la que el marxismo se apoya, interpretación que no es la certera. Lo mismo cabe decir respecto a un arte racista.

Por eso, las literaturas de clases no son auténticas literaturas sino documentos político-sociales, medios de propaganda en último extremo, o sea, lo que se llama literatura de lucha político-social. En ella, cabe buena parte de la producción literaria nazi, fascista y comunista y suponemos que también, la más esmirriada de todas ellas, la franquista. Es muy posible que en las producciones de los países aludidos, haya algo legítimamente literario pero la duda subsiste, si tenemos en cuenta, que en dichos regímenes, lo literario ha de someterse a ciertas normas político-culturales, que se estiman ortodoxas, faltando por consiguiente, la plena libertad, requisito indispensable de toda creación intelectual y artística. En tales países y regímenes, más que de producción, debe hablarse de elaboración, en cuanto se trabaja con un producto dado: la mentalidad «cultural» impuesta por la dictadura.

Sin embargo, la literatura de clases, goza hoy día de gran aceptación siendo la más extendida, en ciertas capas sociales. Ello se debe a la gran intromisión de lo político en la vida del hombre actual. Naturalmente, al ser política dicha literatura, es rica en representaciones concretas: conquista del poder, lucha

de clases, abolición de privilegios, nacionalización de fuentes de riqueza y producción, etc., conceptos todos, que responden admirablemente al instinto primario número uno, el de lucha. Todos armonizan con la psicología elemental de las masas que se sienten atraídas por ellos. Una vez más, nuestra afirmación de incredulidad respecto a lo verdaderamente literario, se ve confirmada.

6. Las narraciones fantásticas, concepto amplísimo que comprende desde el cuento de hadas y aparecidos hasta la novela policíaca son, la forma literaria más asequible a las masas (1).

En tales producciones, la complicación sentimental de la acción se halla suprimida o reducida al *mínimum*. Los sentimientos que despiertan dichas narraciones o lecturas, son los más primarios y más profundamente anclados en la vida psíquica del hombre. Así vemos, que el miedo o el terror y la emoción, son casi siempre los únicos que aparecen jugando un papel en tales producciones. Ahora bien, la Psicología nos muestra que de todos los sentimientos, el del miedo es el primero que cronológicamente aparece en el hombre, siguiéndole la emoción o afección en la que tiene parte preponderante, el sentimiento maternal y la ternura (2). Mucho más secundariamente apa-

(1) Lo policiaco cuando es verdaderamente científico escapa a la regla señalada. Así, por ejemplo, la novela policiaca basada en el «hecho psicológico» como nos la presenta Van Dine, en sus mejores obras, raramente será popular, salvo en los países donde lo policiaco, es uno de los géneros literarios más cultivados. Esta preferencia es de gran valor para el estudio psicológico de los citados países.

(2) Tal es la opinión de Ribot y otros muchos autores. A nuestro juicio, ello se confirma plenamente no sólo por la constante experiencia de la vida diaria sino por el hecho, menos frecuente pero normal, de que cuando durante el sueño somos despertados de una manera desacostumbrada: ruido, rumor, golpes, etc., se produce al despertarse no sólo un sobresalto sino también, y dominado éste, una actitud de espera, de índole temerosa, hasta que logramos identificar el ruido o golpe. Cuando el sobresalto

recen en dichas narraciones, todas las complicadas relaciones psíquicas que se hallan unidas a la personalidad: amor propio, facultad creadora, necesidad de conocer, etc., y también, la emoción sexual que no cabe confundir con el amor esquemático que aparece en los cuentos fantásticos y aun en las novelas policíacas, en las cuales suele permanecer dicho sentimiento circunscrito a la vida afectiva.

Ahora bien, el miedo, la cólera y la afectividad—casi exclusivamente ternura—, son emociones que el hombre comparte con los animales. Tales sentimientos, son también los que más directamente experimentan las masas, dada su psicología rudimentaria, lo que explica su mayor aceptación de los géneros literarios indicados, al igual que el niño y el muchacho. Dichos géneros no ocupan ni mucho menos, los más preeminentes puestos en la gradación literaria.

7. Dentro de lo literario, la poesía ha sido una de las formas que más ha penetrado en las masas y la que todavía, pese al alejamiento actual, puede llegar en determinadas circunstancias, hasta lo que se pudiera considerar como alma de las masas.

La poesía fué el género literario más importante y el más completo de todos, desde un punto de vista cultural. El valor histórico de la poesía es inmenso y su influencia en las primeras épocas de la humanidad mucho mayor que la de la historia (1).

no es dominado, la actitud que sigue de saltar del lecho y buscar la causa, es consecuencia también de esta primitiva emoción de temor. Vemos pues, que incluso en el cotidiano paso de lo inconsciente a lo consciente, la citada emoción es la primera en aparecer cuando el retorno a lo consciente no se realiza en la forma habitual.

(1) Tal es la opinión autorizada de J. Burckhardt en sus «Welgeschichtliche Betrachtungen», ed. «Gesamte Werke», por Oeri, ed. B. Schwab, Bale 1929. Existe una buena versión francesa de Stelling-Michaud, «Considerations sur l'Histoire du Monde», ed. F. Alcan, París, 1938. La Revista

En una primera etapa, la poesía se hallaba íntimamente unida a la religión y a lo nacional, siendo además casi la única forma literaria, todo lo cual explica la gran atracción que el vulgo sentía por ella y por tanto, su credulidad o confianza en la misma. La poesía de entonces a diferencia de la actual, no estaba destinada a la lectura aislada, sino a ser recitada ante las masas y aun, por las masas mismas. Hoy día, la poesía si bien conservando un valor cultural, ha ido distanciándose del vulgo y haciéndose, en su evolución, sobre todo en ciertas formas modernas, menos asequible a las masas. Esto se debe a una serie de factores, siendo el más importante el de la subjetivación de la poesía, que se ha desviado de lo nacional y objetivo, para pasar a lo individual y subjetivo. El poeta de nuestro tiempo suele expresar su propia subjetividad que es con frecuencia opuesta a la llamada alma de las multitudes (1).

Estas, por razones psicológicas y sociales, se desvían y se refugian en las formas más simples y rudimentarias de la copla y de la canción, algunas de éstas de remoto origen, bien que transformadas, y que en realidad pertenecen muchas veces al Folklore, no siendo, por tanto, creaciones colectivas, sino individuales. La aceptación de la copla y canción en todos los tiempos, se explica por la simplicidad de su forma y de su contenido sentimental.

En todo caso, la poesía sigue siendo hoy, de todas las formas literarias, bien que a condición de ser lo más objetiva posible, la que realmente llega y seguirá llegando, a las masas. Por esto, el poeta más que el escritor, sigue conservando el más importante papel literario respecto a las multitudes, a través especialmente del himno, la epopeya y la canción. En las dos

de Cultura del Ministerio de Educación de Venezuela, ha comenzado la publicación de tan interesante y actual obra, con el título de «Consideraciones sobre la Historia del Mundo», bajo los auspicios de un Director animoso e inteligente.

(1) V. Burckhardt, obra cit.

primeras el elemento político juega ya un importante papel, lo cual si puede rebajar su condición literaria, afirma una vez más la índole histórica de la poesía.

8. El teatro hace ya mucho tiempo que ha dejado de ser, en contra de lo que sucedía en la antigüedad, un espectáculo para las masas. La crisis del teatro es innegable en Europa y más aún en América donde hay naciones enteras en que las representaciones teatrales no existen o son tan esporádicas que prácticamente equivalen a lo mismo. Con todo, es el medio literario más apto para llegar a las masas por su índole plástica y aun diríamos, tangible. La representación concreta de tipos-sentimientos (avaro, traidor, galán, etc.), se da perfectamente siendo por ello asequible en grado sumo a las masas. De ello, y de su valor cultural, se han dado cuenta ciertos países con la creación de teatros ambulantes, creados o subvencionados por el Estado, como acontecía en la República Española, con la institución de «La Barraca», teatro ambulante constituido principalmente con elementos estudiantiles seleccionados y que representaban entremeses y obras literarias de los mejores autores españoles, especialmente clásicos, en los pueblos y aldeas españolas más apartadas (1).

En algunos países, el teatro sigue conservando su importancia cultural, en la lucha denodada con el cine y la revista, como acontece en Rusia, donde la revista no existe, estando sustituida ventajosísimamente por el «ballet», y más heroicamente, como acontecía en Austria, con sus minúsculos teatros

(1) La reacción española, atacó, cual procedía a su mentalidad, injustamente tal ensayo alegando todas las inexactitudes que pudo. Lo cierto es que dicho medio de propaganda cultural dió buenos resultados, ayudando a crear en el campesino el conocimiento de su propia personalidad y un fino sentido crítico que hubiera evitado, debidamente desarrollado, el que las masas rurales cayeran en los extremismos de derecha e izquierda, que tanto pánico causaban a los grandes terratenientes. Una vez más, éstos no supieron alcanzar tal perspectiva, en virtud de su miopía social.

de arte y de seria vanguardia, asequibles económicamente a todos.

El teatro llamado social, al cual se trata de atraer las masas en determinados países, es un instrumento político que generalmente, lo mismo que la literatura correspondiente, tiene que trabajar ajustándose a reglas ortodoxas de partido. Con ello, pierde además su frescura siendo la asistencia a tales representaciones, equivalente a la que se hiciera a cualquier club político o célula de partido.

Dentro de lo escénico, la revista y opereta de gran espectáculo, tan frecuentes y banales y apenas literarias, atraen a las masas por la simplicidad de su trama y la plasticidad en la expresión y en los personajes, características que excluyen toda reflexión. A tales espectáculos se va, generalmente, sólo para «ver».

El cine, creación artística que responde cumplidamente a las exigencias de nuestra época, en la que el pensar, el tener una vida interior propia, se hace cada vez más raro, es el espectáculo preferido por las multitudes. Tal espectáculo les da a éstas, todo hecho, algo así, como digerido, pues apenas si exige esfuerzo mental alguno. Rara vez una película hace pensar y más raramente es recordada. El vulgo, las personas superficiales, se interesan y recuerdan a las artistas—representación concreta—y olvidan los asuntos o temas que los mismos desarrollaron. Cuando una película es comentada y recordada puede asegurarse que en el noventa por ciento de los casos, se tratará de una transcripción o arreglo que, pese a lo defectuosamente que los mismos se suelen hacer en virtud de exigencias técnicas y mercantiles, guarda aún, un poco de su profundidad literaria.

El cine es un arte «sui generis» que, difícilmente alcanza los linderos de lo literario y no siempre, los artísticos. Su influencia cultural es enorme y su labor deformadora de la inteligencia no lo es menos. Quedan excluidas de tal opinión, las

películas auténticamente científicas o culturales, calificativo que no todas merecen, pero dichas películas son las menos y, lo que es peor, rara vez alcanzan a las grandes masas y cuando llegan son más bien rechazadas o simplemente, toleradas.

Psicológicamente, el cinematógrafo, por la celeridad de su ritmo, la banalidad de sus asuntos—a veces éstos escapan a tal adjetivo—y la simplicidad de sentimientos que aparecen en ellos, produce en las masas una falsa idea de lo que es la vida, que se presenta ante ellas mucho más acelerada y simple de lo que realmente es. Por otra parte, añadamos, que el cine, como lógica consecuencia de la mentalidad de nuestra época, tiende a magnificar personajes y hechos sin transcendencia alguna, lo que da lugar a la formación de concepciones e ideas que forman un mundo distinto al real y en el cual, se refugian las ansias, apetencias, deseos y sueños de una gran masa urbana. Esto no es idealismo, sino simplemente el refugio pobre y casi desnudo, de la mentalidad de nuestros días.

La exigencia psicológica de imágenes y representaciones concretas, se ve colmada en el cine y la coparticipación espiritual de las masas en el espectáculo, es casi nula. En una representación teatral hay todavía, hoy día, algún ligamen entre la masa—el público—y la escena, ligamen que apenas si aparece en el cinematógrafo. Una prueba de dicha falta de penetración es la frecuencia con que en los cines, la gente sigue hablando entre sí, mientras casi sin esfuerzo alguno, atiende a la película. Tal desdoblamiento es casi imposible en el teatro y no por razones de que no se deje oír a los demás, pues también el cine hablado requiere su silencio, sino por la existencia de una comunicabilidad espiritual mucho más profunda que toda representación teatral, por mediocre que sea, establece entre la escena y el auditorio. Con ello, comprobamos una vez más, cómo a medida que lo literario decrece, aumenta la atracción e interés de la masa. Hoy, sin exageración puede decirse, que las

masas creen en el cine. Tal credulidad explica la enorme influencia de éste, sobre aquellas.

9. De todo lo expuesto se deduce la actitud de incredulidad creciente de las masas hacia la Literatura. La novela, el cuento, el ensayo y la biografía no logran penetrar en ellas y a lo más, las afloran. Sobre esta realidad es preciso no hacerse demasiadas ilusiones, incluso si se es autor y se ha pensado, más o menos conscientemente, en la popularidad. Esta sólo se alcanza dentro de ciertos sectores sociales y para ello, no totalmente.

Tal incredulidad, no significa impermeabilidad absoluta de las masas respecto a lo literario—recordemos que tratamos de fijar la orientación de una actitud y no toda la actitud misma—pues en ella siempre penetra algo, pero es a través de una esquematización, única asequible a su peculiar y rudimentaria psicología. Lo que llega pues, se halla casi siempre desposeído de sus características literarias. Toda representación concreta, todo asunto exento de complicaciones y sinuosidades psicológicas, tan corrientes no sólo en la literatura actual sino en la vida misma, es decir, lo no real, es lo que llega más fácilmente a ellas.

Todo lo que pervive en la masa de lo literario, es un conjunto de tipos, que se hallan desprovistos casi totalmente de todo carácter y complicación humana. En tales tipos suele abundar un sentimentalismo primario y el planteamiento de situaciones extremas que exigen resoluciones análogas lo cual no sucede, ni mucho menos, en la vida ordinaria en la que casi todo se diluye—resolviéndose—a base de renunciación, impotencia de actuar y dejadez, es decir, complejidad y finura psicológica y sentimental.

En esa pseudo literatura, que predomina generalmente en las masas urbanas—las campesinas son mucho más incrédulas respecto a lo literario—, los personajes preferidos, son por lo común, los totalmente buenos o los absolutamente malos, o sea,

personajes de una sola pieza y de un solo sentimiento. Pero en la vida, salvo excepciones que son anormalidades, nadie es rectilíneamente bueno ni sinuosamente malo; virtuoso o vicioso; inteligente o tonto, etc. Tal esquematización, equivale pues, a una deformación, hija de la incapacidad—incredulidad, apuntada. La misma, es la que se da en nuestra infancia y adolescencia, cuyas psicologías son tan paralelas a las de las masas. Estas, reducen al *mínimum* los caracteres del tipo o personaje que asimilan, en su afán de hacerle visible y comprensible, o sea, tangible, que es la concreción óptima. Con tal proceso, se tiende naturalmente a la simbolización de lo real, a la descarnación de tipos y pasiones, a que lo literario—creación del escritor—quede reducido al *mínimum* (1).

Tal descarnación o simplificación de fondo y forma, no es labor creadora sino todo lo contrario, es descomposición. Por eso, la baja literatura de folletines y periódicos, la crónica del crimen tan hábilmente explotada en algunos países, especialmente Francia, sabe esto y por ello, ofrece tipos de un solo resorte, sin distingos ni revueltas, que son fácilmente aceptables, tales el de «huérfana desvalida», «padre desnaturalizado», «señorito», «explotado obrero», etc. Estos tipos, que son poco o nada literarios, son ya, sin embargo, los más auténticamente populares y los que más circulan entre las masas. Estas, los transplantan a su mundo inconsciente—si ello vale como expresión—en el que encuentran terreno apto para un profundo arraigo. El proceso de fijación y de divulgación de tales imágenes, se ve facilitado además, en muchas ocasiones, por un oscuro proceso psicológico en el cual el resentimiento de una no nivelación social, juega un importante papel. Por eso, los hechos esquemáticamente presentados del matrimonio desigual entre la pobre obrera o empleada y el acaudalado muchacho o viceversa,

(1) Podría decirse que las masas aceptan sólo los huesos y para eso no todos, ni tampoco los mejores.

la dignificación o regeneración de la prostituta vulgar por un amor puro, el sistemático triunfo del bueno sobre el malo, etc., hechos todos que se presentan simplistamente en la baja literatura y más aun, en el cine, y que tan dispares son de la vida real, son fácilmente aceptados. Tales aceptaciones, obedecen a ese obscuro afán de compensación o nivelación social y moral y se ven facilitadas por lo rudimentario de los tipos y trama de tal literatura y cine.

Las masas difícilmente estimarán como popular, el tipo de «Naná» o «Mimí» y sin embargo aceptarán, como creación propia, el de la baja prostituta de «Santa Isabel de Ceres» de Vidal y Planas. Estas concreciones no significan figuras vacías, como pudiera creerse, sino reducción y adaptación de las mismas a la psicología de las multitudes que tienen, a su vez, una propia concepción de lo que es la vida sentimental. En ésta, se propende a la igualdad ante el dolor, la alegría, el amor, la pena, etc., todo ello transido de un profundo humanismo que se concreta a veces en un dicho o refrán o en una copla o canción (1).

Otra característica de dicha incredulidad, es el hecho frecuente de cómo las masas, más que de la obra literaria, se interesan por la vida del escritor, que cuanto más íntima y escandalosa, más salazmente será gustada, deformada y popularizada. En esto, las masas más que el individuo, cumplen la ley inflexible y general de la maldad humana pues como dijo certeramente Sighele, si no somos ya bestialmente feroces si seguimos siendo intelectualmente crueles. Por eso, el vulgo se recrea siempre en el husmeo de lo peor que el escritor, como hombre, ofrezca (2). Por eso también, prefiere lo folletinesco, lo es-

(1) Un ejemplo lo ofrece la popular copla de los bajos fondos madrileños que dice: A la mujer de la vía, tenla siempre caridá, q'antes que ser de la vía ha sío mujer honrá.

(2) En tal complacencia morbosa cae, incluso, no sólo el hombre cultivado sino también, el culto. La tendencia a refocilarse en lo peor que cada uno pueda ofrecer, es aplicable, frente a todo aquel que sobresalga

cabroso y lo criminal. De esta preferencia se han apartado últimamente ciertos sectores, para entregarse a la literatura político-social que satisface más plenamente el instinto de lucha.

Ello hace que mucho más frecuentemente que el político, el escritor sea conocido y juzgado en su obra por el espejo que ofrece su vida que, como concreción real, llega más fácilmente a las masas que aquella.

Con lo expuesto, creemos haber presentado la característica más acusada de las masas respecto a la Literatura, que es, la incredulidad. Cuando la Literatura fué también rudimentaria, o sea, más objetiva y nacional, las masas se hallaban mucho más próximas a la misma y creían más en ella. A medida que lo literario se ha ido subjetivizando, las masas se alejan y lo que se ha ganado en profundidad literaria se ha ido perdiendo en acercamiento al aumentar la incredulidad de las masas.

en algo: político, bailarina, negociante, etc., como consecuencia de esa inexorable proclividad hacia una nivelación absoluta, nivelación que se trata de obtener a través de un tortuoso rebajamiento moral.

Los que suelen escapar a tal crítica de la vida privada son, el torero y el sabio. El primero, representa la auténtica imagen profesional del instinto de lucha. Es la concreción de la concreción de dicho instinto. Para ciertas masas españolas, el torero es el símbolo apetecido ante cuya vida privada nadie entra, quizá por creer que lo mismo que la profesional, les pertenece. En los pueblos donde no hay toreo, éste es sustituido mucho más bárbaramente, aunque ello se encubra con una fementida protección a los animales, por el boxeo. Este a más de deformar intelectualmente mucho más, carece del elemento humano y artístico del toreo. Para boxear, basta lo físico en su forma más rudimentaria: la fuerza, mientras que para ser torero lo que hace falta es destreza, habilidad y una finura artística unida a una concepción de la vida.

El sabio, por su enorme alejamiento intelectual de las masas, sigue siendo para estas algo misterioso y de índole casi supersticiosa. La palabra sabio, conserva todavía en los labios del vulgo, una remota reminiscencia del respeto supersticioso que se tuvo, hace siglos, por los alquimistas que eran entonces los verdaderos sabios.

Es este un fenómeno psicológico que se agrava hoy día por otro social, que también responde a exigencias psíquicas, y que es, el de la invasión de la vida individual, familiar y colectiva por la Política, pero de ésta y de la actitud de las masas frente a ella, hablaremos en la segunda parte de este trabajo.